

cuchado Marta? por qué no abres? me obligarás á forzar esta puerta?

El asento irritado de mi esposo me hizo volver en mí; enjugué presurosa mi llanto, y con voz trémula é incierta contesté.

Espera Arturo, voy á abrirte, abandoné entonces mi escondite y vacilante y caminando apenas llegué á la puerta, y quité la aldaba: mi imaginacion en extremo exaltada me hacia ver aquella como la última hora de mi vida, de manera, que apesar de los supremos esfuerzos que hacia por contener mi agitacion, me era imposible ocultarla del todo.

Por fin mi esposo entró, su aspecto era tierno, dirigióse á mí, tomó entre las suyas mis manos, y con mucho cariño me dijo.

Qué tienes Marta? por qué te encuentras tan agitada?... en tus bellisimos ojos se ven aun las huellas del llanto;—es preciso querida que deposites en mi corazon tus penas, porque sabes demaciado todo lo que ellas me hacen padecer!...

No sé por qué, cada una de las palabras de Arturo me hacian estremecer, y mi corazon latia con suma violencia al escucharlo; aquellas expresiones ardientes eran fruto tan solo de la mas horrible hipocrecía, y ellas no podian menos que hacerme la mas amarga impresion!.....

¡Dios mio! decia yo interiormente; daria yo cuanto poseo porque cambiase el corazon de Arturo, y que sus palabras me revelaran una verdad!

Entre tanto no podia contestar á mi esposo, su presencia me hacia daño, y sin embargo era preciso ocultar!... Arturo me contemplaba con suma atencion.

Marta díjome por fin. ¿Qué sucede? ¿Qué te pasa? pronto contestame, por qué te encuentras tan agitada? lo quiero saber. ¿Cómo es que á mi lado no calmas como siempre todos tus temores y sobresaltos?.....

¡Ay! Arturo, contesté entonces á mi esposo, haciendo el mas grande esfuerzo, es verdad ¡me encuentro agitada! conmovida!... y ¿sabes por qué?

Concluye pronto, no sé nada. ¿Qué te ha acontecido? ¡Ay! Arturo! un sueño terrible me tiene aun sobrecojida!....

Pues ¿qué has soñado? me preguntó Arturo con una intencion muy marcada.

Figurate le dije yo entonces, que soñaba encontrarme ya madre del mas precioso niño, que formaba nuestra delicia, cuando una mañana en que dormia el niño en su preciosa cuna, un hombre embuelto en una mala frazada, se apareció en

una de las puertas de mi recámara..... yo me hallaba meciendo en esos momentos al tierno hijo de mi corazón; al ver en mi casa y en mi pieza un hombre desconocido, sentí un terrible sobresalto: le pregunté ¿quién era? y no me contestó, solo dejó asomar á sus labios una sonrisa espantosa.... comencé á llamarte entonces con todas mis fuerzas, pero tú no venias á mi defensa; tomé en mis brazos á mi precioso niño, y quise huir con él; pero todas las puertas se encontraban cerradas, y solo aquella en que estaba el horrible monstruo apareció abierta....

Con un valor impropio de mi sexo, me dirigí con resolución hácia aquella puerta y quise abrirme paso; pero cuál fué mi sorpresa, al ver que tras de aquel hombre se hallaban otros tres enmascarados, que al verme se abalanzaron sobre mí.... arrancaron al niño de mis brazos.... y yo perdí el conocimiento!

Cuando volví á la vida, me hallaba en un oscuro y húmedo calabozo, que me servía de prisión.... A mi lado y tirado sobre la paja estaba mi hijo..... al verlo me lancé sobre él, y lo tomé en mis brazos, colmandole de caricias; me encontraba sola é ignoraba el lugar en que me hallaba, y la causa porque allí había sido conducida.

Estaba entregada á mis reflexiones, cuando la

puerta de mi prisión se abrió y apareció en ella el mismo hombre, que me había arrebatado de mi casa: al verlo temblé, y estrechando más á mi hijo, con una voz incierta preguntéle ¿por qué me había conducido á aquel sitio y qué era lo que quería de mí?..... Aquel hombre infame me dió por respuesta una insolente carcajada, y con un acento aspero me dijo.

Lo que se quiere de vos es, que aparescais muerta á los ojos del mundo, así como este niño, y os he conducido aquí porque este calabozo debe servir de tumba.

Al escuchar estas palabras prorrumpí en amargo llanto, oculté á mi pobre niño, y comencé á llamarte; pero en vano, porque tú no acudias á mi socorro: la presencia de aquel hombre me causaba miedo, y corrí á un ángulo de la pieza para no verle.... entonces unos golpes hirieron mis oídos, y temblando de pavor me acerqué más á mi lecho, creyendo que era mi verdugo.

Tu voz vino ó arrancarme de este horrible sueño, volviendome á la realidad de la vida; pero aun me siento presa bajo su terrible influencia!...

Mi esposo que no apartó de mí sus ojos desde que comencé á hablar, y que no había perdido una sola de mis palabras, al ver que callaba sonrió, y pasando su brazo por mi cintura me dijo.

Pareces una niña Marta dejandote llevar de temores pueriles: ¿no estoy yo aquí para defenderte? ¿no me tienes á tu lado como esposo amante, pronto á sacrificar su vida por ahorrarte un sufrimiento? y al hablar así Arturo comenzó á prodigarme sus caricias; pero yo horrorizada ante la idea de la falcedad de aquel monstruo, dejandome llevar de mis impulsos naturales, lo rechacé llena de terror, y levantandome precipitadamente de su lado, corrí a refugiarme al otro extremo de la pieza.

Sus palabras me hacian daño; sus caricias quemaban como ascuas de fuego. Sorprendido Arturo de ver mis movimientos, fijó una investigadora y recelosa mirada en mi semblante, y con un acento severo me dijo levantándose. ¿Qué significa esto Marta? Porqué huyes de mí?

Afligida yo, y temiendo traicionarme, hice un supremo esfuerzo para contenerme, y queriendo desvanecer las sospechas que hubiere podido formar mi esposo, me acerqué hasta el lugar en que se hallaba, y dando á mi voz la entonacion más dulce: ¡perdona Arturo! le dije, no sé lo que tengo! necesito tranquilisarme: déjame sola!

Mi esposo mirome sorprendido, y dirigiéndose á la puerta me dijo; Bien Marta, te dejo; pero te advierto, que deseo que estas excenas no vuel-

van á repetirse: despues salió murmurando entre dientes algunas palabras que no pude percibir, pero que llenaron mi corazon de espanto!.....

Apénas me ví sola, cerré la puerta, necesitaba desahogarme, y me arrojé en mi llecho llorando con desesperacion, y zollosando como una niña!

Aquella misma noche dí á luz á Julia en medio de los mayores tormentos, y fui tan desdichada, que lo agudo de mis martirios me impedia gozar de las delicias de ser madre!.....

Sí; porque cuando contemplaba á mi lado á esta tierna niña, temblaba; parecíame ver una cuchilla levantada sobre su cabeza, y á este pensamiento me estremecia horrorizada, y regaba con mis lágrimas el cuerpo tiernecito de mi inocente y desventurada hija!.....

Al llegar aquí Marta, estrechó contra su corazon á Julia, regándola de nuevo con sus lágrimas; nosotras, que habiamos escuchado llenas de horror y de espanto la narracion de su historia, nos conmovimos profundamente ante aquel rasgo de amor maternal, y contemplamos á Marta anegadas en llanto!..... Esta seguia prodigando á Julia sus caricias, y la tierna niña, sorprendida ante el dolor inesperado de su madre, comenzó á enjugar sus lágrimas diciéndole.

¿Porqué lloras madre mia? ¿Qué te han hecho?
¿Quién hace correr tus lágrimas? Y nos miraba
airada, como amenasándonos de afligir á su ma-
dre.

Despues cambiando de tono, y besando á
Marta repetidas veces añadió: no llores ya mamá,
no vez que cuando tú estás triste, yo tambien
quiero llorar!

Marta besó á su preciosa hijita diciéndole con
ternura: no Julia, nó, ya no lloro, no quiero que
te pongas triste hija mia! Tu alegría es la que
forma mi vida! Y tomando en sus brazos el *babe*
que Julia habia dejado, comenzó á jugar cual si
fuera una niña; nosotras absortas la contemplá-
bamos!

¡Oh! Cuán bello es el amor maternal! nos de-
ciamos, ¡cuán generoso y desinteresado! Ved á
esa madre; se olvida de sí misma por complacer
á su hija, y trueca en sonrisa su llanto, por evi-
tar que una lágrima empañe la vista del ser á
quien dió la vida.

¡Oh! ¡Cuán egoistas somos nosotras! Jamás
podremos pagar la ternura y el amor desinteresado
de nuestros padres!...

Cuando Marta dejó á Julia contenta y entre-
tenida, volvió hácia donde estábamos nosotras, y
con un acento lleno de dulzura nos dijo: perdonad

amigas mias si os he dejado, pero ¡la amo tanto!
que solo á la idea de haber podido perderla, ya
no soy dueña de mí; pero ahora Julia juega ven-
turosa, y yo estoy ya con vosotras.

¿Quién hubiera podido no disculpar á Marta?
¿Es acaso un crimen en una madre amar con de-
lirio á sus hijos? Sería una falta verdadera creer-
lo así; por eso léjos de ofendernos, lo que habia
hecho Marta nos habia conmovido, y la habia
elevado más á nuestros ojos: así se lo manifesta-
mos, y ella llena de gratitud y de contento vol-
vió á sentarse á nuestro lado.

¡Ay! amigas mias, continuó, no podré pintaros
una por una las terribles impreciones que se suc-
cedieron en mí, desde que oí las fatídicas pala-
bras de Arturo, y mas temia aun en esos momen-
tos, en que tenia en mis brazos esta tierna niña,
porque se infiltró en mi corazon el temor de que
Arturo quiciese dar la muerte á mi hija, puesto
que ella lo privaba de la mitad de mi fortuna....

Desde el instante en que Julia nació, no quise
que se desprendiera de mí, y me parecia que, ca-
da una de las personas que la tomaba en los bra-
zos, para acariciarla, era un satélite de Arturo;
comprado por él para quitarle la vida.

Arturo habia ido á un convite en los momen-
tos en que Julia nació, yo no quise enviarlo á

llamar, como hubiera sido natural, porque me inspiraba ya un terror espantoso. Sin embargo, cuando llegó, tuve que enviarle un recado para que entrase á conocer á su hija; pues comprendí que lo contrario habria sido venderme.

Arturo se presentó pronto en mi cuarto; primeramente me reconvino mucho por no haberle mandado llamar. ¡Con este hecho, me dijo con un tono que heló de espanto mi sangre, has perdido mucho para mí!

En vano traté de escusarme manifestándole, que el temor de privarlo de una diversion, en que creía se hallaba contento, habia sido la única causa que me habia hecho obrar de esa manera: él no se mostró satisfecho. Luego me pidió la niña para conducirla cerca de la luz, y conocerla, porque mi alcoba estaba muy oscura: apenas escuché esta petición en Arturo, me estremecí y me apresuré á decirle.

Mira, mejor seria que trajeras aquí una vela encendida, porque en este momento la niña duerme profundamente y se encuentra caliente, no sea que sacarla así tan tiernecita pueda dañarla.

Mi esposo hizo un gesto de disgusto, al escuchar mis palabras, pero luego me contestó trayendo en su mano la pedida luz.

No creas Marta que te voy á consentir mu-

chas delicadesas con tu hijita: es preciso crearla libremente, es decir, sin muchos cuidados y aprehensiones, porque si no mas tarde será enferma; en ese momento tomó en sus brazos á Julia, que al despertar comenzó á llorar amargamente; de manera que la primera vez que fué á los brazos de su padre, lo hizo cubierta de lagrimas.

Arturo entre tanto la contemplaba con ternura. Es bonita, decia, tiene el pelo rubio! los ojos son negros! que boca tan chiquita! y pronunciando estas palabras, estrechábala contra su corazón.

Luego añadió. Ya vez Marta cuan bella es la niña que nos ha dado el cielo! ¡Oh! si tus padres viviesen, estoy seguro que no podrian menos de regacijarse hasta el extremo, al contemplar este precioso gage de nuestro amor!

Al oír en los labios de Arturo el recuerdo de mis padres, no sé que sentí interiormente; me pareció que en sus labios su memoria era profanada de una manera horrible.

—¡Mis padres dices? exclamé yo involuntariamente.

—Sí, tus padres, replicó entonces mi esposo, contemplándome fijamente.

—¡Oh! quién sabel repliqué; tú viste lo opuestos que estuvieron ellos siempre á mi matrimonio.

—Pero se encontraban invidiosos en un error clásico de que tu nunca participaste ¿no es verdad?

—Es cierto, contesté con un acento en extremo débil.

—Pues entonces, ya ves que si hubieran participado de tus mismas opiniones, jamás se habrían opuesto á nuestro enlace, como no se opusieron al principio.

No respondí yo mas á mi esposo, y mi ansia crecía, porque la chiquita, que él tenía aun en sus brazos, duplicaba por momentos su llanto.

Temía cometer una imprudencia pidiéndosela á mi esposo, y por otra parte, sus tiernas lágrimas me arrancaban el corazón, por fin, no pude por mas tiempo contenerme, y con un acento suplicante exclamé extendiendo hácia Arturo mis brazos.

—Dámela, porque está muy inquieta, voy á ver si logro calmarla.

Mi esposo por fortuna me complació, y entregándome la niña ¡hija de mi corazón! me volvió con ella la vida.

Arturo permaneció aun otro rato conmigo; mas en seguida, tendiéndome una mano, exclamó: Adios querida, duerme tranquila, tiempo es ya de que reposes, tienes á tu lado el más precioso

tesoro, por el que de continuo suspirabas, que él te haga gozar todo lo posible, y disipe de tu mente los atroces sueños que te han venido á turbar, y que no deben tener por tí tal acogida. Reposa, Marta, mañana vendré á gozar contigo de esa niñita, que debe formar nuestra mas cara delicia.

—Adios Arturo, que tú tambien duermas bien, contesté con una fingida calma á mi esposo, pronto éste desapareció dejándome enteramente sola.

En esos mismos instantes, me asaltaron con nueva fuerza los temores; parecíame ver entrar en la mitad de la noche á mi asesino esposo, y un frio glacial hacia estremecer mis miembros, estrechaba entonces contra mi corazón á la bellísima criatura, hubiera querido poderla formar una muralla impenetrable, y que nadie pudiera llegar hasta ella; pero... si yo recibía el primer golpe, no sería dirigido contra ella el segundo, y si la conservaban por compasión la vida, ¿acaso podría mi hija ser feliz sin su madre? ¿Habria alguno que la profesara el amor, en que por ella, mi corazón ardía? ¡Ay! este pensamiento desgarraba mi alma.

Fijos mis ojos en Julia, que reposaba á mi lado la decia con ternura: duerme tierna niña! reposa hija mia! al lado de tu madre, sí, nada temas, yo